

Differenz

Revista internacional de estudios heideggerianos y sus derivas contemporáneas

NÚMERO 11, 2025. ISSN 2695-9011 - e-ISSN: 2386-4877 - DOI: 10.12795/Differenz.2025.i11.01 [pp. 11-25]

Recibido: 11/02/2025 – Aceptado: 05/05/2025

Dejar la tierra ser tierra: serenidad y pensamiento en el mundo técnico

Let the earth be earth: serenity and thought in the technical world

Óscar F. Bauchwitz

Universidade Federal do Rio Grande do Norte

Resumen: Este artículo busca exponer y analizar dos nociones fundamentales del pensamiento heideggeriano acerca de la técnica moderna. Serenidad y pensamiento abren una perspectiva de interpretación de los problemas actuales respecto al agotamiento del modelo productivo del mundo contemporáneo que conlleva un peligro devastador para la tierra y al modo del ser humano. En un primer momento, se explicita cómo la esencia de la técnica – *Gestell* – acaece como peligro en la medida en que obstaculiza cualquier otra forma de pensar que no sea guiada por el dominio sobre el ente y, en consecuencia, sobre la tierra. En un segundo momento, se investiga la Serenidad como conducta indicada por el filósofo para hacer frente al peligro en cuanto falta de un pensar meditativo y posibilidad de un actuar caracterizado por un dejar-ser.

Abstract: This paper seeks to expose and analyze the fundamental notions of Heideggerian thought about modern technique. Serenity and thought open a perspective of interpretation of current problems regarding the exhaustion of the productive model of the contemporary world that brings a devastating danger to the earth and to the way of being human. At first moment, it is explained how the essence of the technique – *Gestell* – becomes a danger to the extent that it obstructs any other way of thinking that is not guided by the domain over the entity and, consequently, over the Earth. In a second moment, Serenity is investigated as a behavior indicated by the philosopher to face danger while lacking meditative thinking and the possibility of acting characterized by a desire to be.

Palabras clave/Keywords: Khere; Habitar (Dwell); Poetizar (Poetize); Gelassenheit; Peligro (Danger).

El reloj del juicio final, esta escatológica metáfora creada en la Universidad de Chicago para medir el peligro de una guerra nuclear, hoy nos advierte que restan tan sólo ochenta y nueve segundos antes de que el colapso nos alcance. Este peligro era ciertamente real cuando se puso en funcionamiento el *Doomsday* en 1947 y aún hoy persiste una sospecha sobre el sano juicio de aquellos que pueden “apretar los botones”; a este peligro se suman las novedosas invenciones que se apropian del ser humano y amenazan su poder ser. Podemos pasar horas recordando los muchos fenómenos climáticos que han sucedido en los últimos años; enumerar los diversos desastres ambientales causados por la explotación de la tierra y la instalación de nuestro mundo; reconocer las patologías originadas por los smartphones que cada vez con más intensidad proporcionan un mundo dónde la experiencia de la alteridad no tiene lugar; asombrarnos con la irrupción de la Inteligencia Artificial y su expansión incalculable que parece reemplazar el pensamiento humano. Otros tantos ejemplos pueden ser recordados por cada uno de nosotros. Si así procediéramos, ocupándonos con lo que emerge y nos amenaza cotidianamente, al volver a casa tendríamos algo para pensar, aunque menos alegres y más desconfiados.

Nuestro título señala que nuestra disposición es presentar de qué forma el pensamiento de Heidegger sobre la técnica puede aportar alguna contribución para enfrentarnos a los problemas contemporáneos que hemos mencionado. Este enfrentamiento no tiene que ver directamente con medidas y políticas públicas que busquen apaciguar las consecuencias de nuestro modo de habitar la tierra y construir el mundo. Sobre ello muy poco puede aportar la filosofía. Lo que sí buscamos es enfrentar a esos problemas desde el ejercicio del pensar, ni más, ni menos. Si bien en la praxis del pensar no estamos muy bien entrenados, al menos podemos aproximarnos a lo que pensó Heidegger al preguntar por la técnica.

La pregunta por la técnica indica la posibilidad de una conducta, una disposición en la cual nos preparamos para el enfrentamiento inevitable que hoy se impone y dice respeto al modo como nos relacionamos con la técnica, sus dispositivos y con las consecuencias que afectan la existencia humana. En pocas palabras, lo que entra en juego en tal pregunta no es nada menos que el sentido bajo el cual todo lo que es, puede y viene a ser en el mundo. Preguntar por la técnica es la apertura necesaria para quienes se disponen a pensar lo que hoy se evidencia como destino. Es que, de un modo simple y no menos sorprendente, preguntar por la técnica ya nos sitúa en una nueva relación para con ella, nos permite que nos relacionemos con ella, *libremente*. Ello significa, según Heidegger, abrirse a la esencia de la técnica, que uno se permita aproximarse de la técnica sin las determinaciones previas y plasmadas históricamente. En la misma medida en que la

disposición del preguntar nos desocupa del mundo técnico, franquea la posibilidad de una experiencia inhabitual y olvidada, la experiencia del pensar. Ahora bien, esta experiencia propia de la capacidad humana no es algo simplemente disponible al ser humano, como si ahora me detengo insistentemente en mis ocupaciones junto al mundo de la técnica moderna, y luego me pongo a pensar y a preguntar por la técnica. Pensar exige un largo entrenamiento y cuidados aún más delicados que cualquier otro oficio auténtico (1994a: 19). El pensar no es un útil a nuestra disposición, sino que demanda un cierto cultivo que persevera en un lugar propio y abierto por el propio ejercicio del pensar. Este cultivo del pensar se asemeja, dice Heidegger, al campesino que “debe saber esperar a que brote la semilla y llegue a madurar” (1994a: 19).

En *Die Khere* (La vuelta), Heidegger advierte que

(...) la Gestell (estructura de emplazamiento; lo dispuesto; la imposición; la organización; lo implantado; la instalación, el almacén; la composición; el engranaje; el encuadramiento) se esencia (*west*) como el peligro (2008: 13).

Es cierto que, en todas partes, “riesgos y necesidades” acosan la existencia humana a cada momento y de modo desmesurado. Sin embargo, el peligro *como* peligro, el que hace peligrar al Ser mismo, “permanece velado y disimulado”. Las necesidades apremiantes que hemos mencionado, propias de nuestra época, desafían y cercan peligrosamente la existencia humana, al tiempo que encubren el peligro más peligroso, no hacen sino crear la ilusión de que el destino del despliegue histórico de la técnica, es decir, de la metafísica consumada, está condicionado por la invención y el uso de nuevos instrumentos y por nuevas formas de explotar la tierra. En otras palabras, por más dramática y urgente se manifieste la situación mundial de la época que nos toca vivir, el peligro mismo se mantiene encubierto por las soluciones y alternativas técnicas que permanecen prisioneras de una concepción que piensa la técnica como si ésta fuera un medio previsiblemente dispuesto y manejable por la voluntad humana y en la mano del ser humano. Una concepción instrumental y antropológica de la técnica que, hoy en día, ya no parece capaz de explicar qué acaece con la técnica moderna y su mundo. Nadie puede afirmar o negar que, confiado a tal concepción, el ser humano llegue a encontrar soluciones que garanticen la prosperidad o, al contrario, se determine un camino inevitable hacia la ruina de la tierra y de la vida humana sobre la tierra. Sin embargo, esta imagen del ser humano atado y dependiente de sus mecanismos y dispositivos tecnológicos, enseñoreado por el poder de someter la tierra para su bienestar y asegurar su mundo, debería ser interpretada de otro modo. Trátase, escribe Heidegger, “de echar una mano a la esencia de la técnica” (2008: 13). Algo que no puede entenderse como una renuncia o una condenación absoluta de la técnica, pero sí como un modo de salvar la técnica y de conducirla a un cambio de su propio destino. En este cambio actúa el humano, no como quien “domina” la situación

y espera recoger los resultados de su acción, él no es el “señor del Ser” (*Herr des Seins*), pero sí como aquél que es esencialmente llamado a dar lugar, en medio al ente, a la esencia del Ser para que el Ser mismo esencie como Ser, y la esencia de la técnica llegue a ser vista más allá de los casi infinitos aparatos técnicos que conocemos y nos aprisionan con sus prestaciones.

“La *Gestell* se esencia como el peligro”. Ahora, bien ¿qué quiere decir Heidegger con esta palabra alemana (*Gestell*), cuyas traducciones a nuestros idiomas no alcanzan un consenso? ¿Qué es eso de esenciar (*west*)? Y ¿qué decir del peligro? Las preguntas no hacen más que sumarse y a cada vez nos plantean una situación inusitada puesto que del punto de vista de la metafísica tradicional las preguntas que ya parecían respondidas hace mucho tiempo, vuelven a interpelar al ser humano. Ya recordaba Heidegger con el epígrafe y el primer párrafo de *Ser y Tiempo*, parece que estamos en aporía otra vez sobre qué significa ser.

En *La pregunta por la Técnica*, Heidegger afirma:

La técnica no es lo mismo que la esencia de la técnica. Cuando buscamos la esencia del árbol, tenemos que darnos cuenta de que aquello que prevalece en todo árbol no es a su vez un árbol que se pueda encontrar entre los árboles (1994b: 9).

Entonces, ¿qué ocurre cuando en su existencia el ser humano se ve preso a la técnica? ¿Cómo será posible desviar la mirada de lo técnico para poder alcanzar la esencia de la técnica? Lo primero que se muestra, piensa Heidegger, es el hecho de que la concepción instrumental y antropológica de la técnica parece ser “correcta de un modo tan inquietante” que tanto puede ser aplicada a la técnica artesanal cuanto a la técnica moderna. Según esa concepción, lo que puede diferenciar un antiguo molino de un parque eólico son los grados de sofisticación y de conocimientos arrollados en sus respectivas construcciones. Ambos siguen siendo medios en manos humanas, instrumentos que dependen de la voluntad humana, del manejo que hacemos de ellos para alcanzar ciertos fines. Tal es el aparente dominio que el ser humano detiene sobre la técnica. Un quiebre en la fiabilidad de un instrumento, sea de un saca-corcho que se rompe, sea de un avión que no llega a destino, pone en riesgo esa concepción y exige al humano que amplíe y asegure el dominio sobre lo que es y trae al mundo. Toda esa voluntad de dominio desvía la discusión sobre qué es la técnica, y hace parecer que todos los problemas del mundo técnico podrían solucionarse con más técnica, con un cambio en el modo de manejar, perfeccionar e inventar instrumentos, con la explotación de otras materias-primas y con una reforma u otra de los modos de producción con los cuales el ser humano instala su mundo sobre la tierra.

Frente esta concepción tradicional de la técnica, Heidegger se pregunta qué pasaría si la técnica no fuera un mero medio. Lo correcto de esa concepción, incluso, se convierte en obstáculo para alcanzar la esencia de la técnica. Si la esencia de la técnica no es algo “técnico” o “maquinal”, entonces tendríamos que ir más allá de su carácter instrumental y buscar qué es lo instrumental en sí mismo. Según Heidegger, en su raíz griega, la técnica, *téchne*, habla de su pertenencia al ocasionar, al traer-ahí-delante, al producir, a la *poiesis*. En ese sentido, la técnica es algo poiético (*Poietisches*) y un modo de *aletheiein*, de des-ocultar. Lo instrumental de la técnica puede ser visto, entonces, como “un modo de hacer salir de lo oculto” y un deber responder, en cuanto responsable, por aquello que es producido y que toma lugar en la región de la verdad, lo des-ocultado.

Ahora bien, considerando esta concepción *poiética* y des-ocultadora de la técnica podemos volver a pensar si efectivamente, el molino de viento y el aerogenerador difieren únicamente por la complejidad tecnológica de uno y de otro, pero poseen fines semejantes siempre en beneficio del humano. ¿Tendríamos que aceptar que ambos instrumentos corresponden a su esencia en cuanto un traer-ahí-delante? ¿Serían ambos modos de des-ocultamiento? Para Heidegger la respuesta es simple e ilumina el camino hacia la esencia de la técnica moderna:

también ella es un hacer salir de lo oculto (*Entbergen*). [...]. Con todo, el hacer salir lo oculto que domina por completo la técnica moderna, no se despliega ahora como un traer-ahí-delante en el sentido de la *poiesis*. El hacer salir de lo oculto que prevalece en la técnica moderna es una provocación que pone ante la naturaleza la exigencia de suministrar energía que como tal pueda ser extraída y almacenada (1994b: 17).

El antiguo molino de viento, desde luego, es también un hacer salir de lo oculto, pero no en el sentido de una provocación: “Sus aspas se mueven al viento, quedan confiadas de un modo inmediato al soplar de éste. Pero el molino de viento no retira energía del aire en movimiento para almacenarlas” (1994b: 17). En el mundo de la técnica moderna, todo se ve provocado, encargado, requerido, solicitado. Y ello es así de tal forma que la naturaleza y el propio humano se convierten únicamente en algo disponible. La técnica moderna emplaza a la tierra como si fuera “el almacén principal de existencias de energías” (1994b: 23).

Ahora la concepción habitual de la técnica ya no se muestra suficiente para explicar qué es la técnica moderna. En ésta vigora su esencia en cuanto *Ge-stell*, palabra que, advierte Heidegger, es usada “en un sentido hasta ahora inhabitual” (1994b: 21): “La esencia de la técnica moderna pone al humano en camino de aquel hacer salir de lo oculto por medio del cual lo real y efectivo se convierte en todas partes en existencias” (1994b: 26). En otras palabras, la *Ge-stell*, la estructura de emplazamiento es una fuerza que se impone y requiere al ser humano un hacer salir lo oculto, un des-cubrir lo real, ya y siempre determinado por el sentido de la disponibilidad y nada más. Todo ente, tomado

por los intereses de la estructura de emplazamiento, debe convertirse en algo disponible y contribuir para mantener y ampliar el mundo técnico. En el mundo de la técnica moderna sólo hay lugar para lo que evidencia su razón de ser, sólo es “cultivado” aquello que es requerido, solicitado por la técnica y que sirve a sus propósitos.

Con estas consideraciones, la esencia de la técnica moderna posee propiamente ese carácter com-positivo que impone a lo que es una especie de solicitud previa capaz de justificar su presencia en el mundo. Tal solicitud no es otra cosa que el asegurarse de que todo se des-oculte y contribuya con una única posibilidad de relacionarse con lo des-ocultado y que el ser humano tome todas sus medidas a partir de esa relación y no pueda tener la experiencia de reconocerse como aquél que es llamado a pertenecer y a comprometerse con el des-ocultamiento.

Ahora podemos comprender con un poco más de claridad la sentencia “La *Gestell* se esencia como peligro”. Ella dice que la esencia de la técnica moderna se despliega como peligro. Es cierto que todo destino conlleva un peligro al ser humano, puesto que éste siempre puede equivocarse e interpretar mal lo no oculto. El peligro no es otro que “la verdad se retire de lo correcto” (1994b: 28). De la amenaza de este peligro uno no escapa porque pertenece a nuestro modo de ser el extravío y lo errático. Ahora bien, lo que adviene hoy como peligro en el despliegue de la esencia de técnica moderna es el peligro supremo, a saber:

Desde el momento en que lo no oculto aborda al humano, no ya siquiera como objeto sino exclusivamente como existencias, y desde el momento en que el humano, dentro de los límites de lo no objetual, es ya sólo solicitador (*der Besteller*) de existencias, entonces el humano anda al borde de despeñarse, de precipitarse allí dónde él mismo va a ser tomado como existencia. Sin embargo, precisamente este humano que está amenazado así se pavonea tomando la figura del señor de la tierra (1994b: 28).

He aquí el peligro más peligroso, que el humano se convierta en un impulsor de la estructura de emplazamiento amenazando no sólo a sí mismo, pero también al modo como se relaciona consigo mismo y con todo lo que es según el modo del solicitar, ahuyentando toda otra posibilidad de hacer salir lo oculto, al punto de que la posibilidad propia del ser humano de traer-ahí-delante no aparezca como tal. Dicho de otro modo, el ser humano se convierte en amenaza a sí mismo y a todo lo que es porque ya no se ve comprometido con esa posibilidad suya de responder por su producción. Ya no reconoce o no percibe que la verdad, el des-ocultamiento, se ha deformado por la estructura de emplazamiento. La amenaza, por tanto, no viene de las máquinas y de los aparatos de la técnica. La auténtica amenaza ya alcanzó la esencia de lo humano, impidiendo que éste pueda acceder, como escribe Heidegger, a un “hacer salir lo oculto más originario” (1994b: 30).

La estructura de emplazamiento, la *Gestell*, en cuanto esencia de la técnica moderna, se ha mostrado como el peligro más extremo. Frente a los problemas contemporáneos no es poca cosa percibir cuánto y cómo el ser humano se ve y pone en peligro todo lo que es. Lo óntico de la técnica, lo técnico propiamente dicho, ubicuo en nuestro mundo, parece corresponder a su esencia como peligro. He aquí dónde el pensamiento de Heidegger sobre la técnica se muestra, si es que cabe, aún más profundo, desafiador y da ejemplo de una metafísica a camino de su superación/restauración.

A partir de un dístico de Hölderlin: “Pero donde está el peligro, crece también lo que salva”, Heidegger señala la posibilidad de que el peligro extremo de la *Gestell* “albergue en sí el crecimiento de lo que salva” (1994b: 30). Salvar aquí no indica sólo la protección de lo que se encuentra bajo amenaza, sino que dice más: “salvar es ir a buscar algo y conducirlo a su esencia, con el fin de que, así, por primera vez, pueda llevar a su esencia a su resplandecer más propio” (1994b: 30). Lo que salva echa sus raíces y prospera en la esencia de la técnica.

Aquí la insistencia de la meditación sobre la técnica echa un poco más de luz en la imagen que mencionamos hace poco: “hay que echar una mano a la esencia de la técnica”. ¿Cómo será posible que en la estructura de emplazamiento, que como vimos es una desfiguración de la verdad y un obstáculo para el des-ocultamiento en cuanto tal, prospere lo salvador? Esto es un punto decisivo en la meditación por la técnica. Ocurre que para entender en qué medida la esencia de la técnica abriga lo que salva, es necesario y sorprendente reconocer que es la propia técnica la “que nos pide que pensemos en otro sentido aquello que entendemos habitualmente bajo el nombre ‘esencia’” (1994b: 32). Una situación e interpelación extrañas: en la época de la metafísica consumada, se descubre en la esencia misma de la técnica moderna la posibilidad de salvación.

Preguntar por la esencia de lo que es, es una pregunta metafísica por excelencia. Pero el sentido que se busca no puede ser encontrado en el interior de la metafísica tradicional, donde se aprende que esencia es el nombre para aquello que algo es, como un género universal que abarca un conjunto de individuos. *Gestell* como esencia no indica un género común del cual todos los aparatos técnicos, sus operadores y programadores, y todas las disponibilidades/existencias producidas fueran sus especies. Sin duda pertenecen a la *Gestell*, pero no en una relación género y especie. La técnica pide “otro” sentido que resulta en una interpretación novedosa de lo que sea esencia.

Según Heidegger, del verbo esenciar (*wesen*) proviene el sustantivo esencia/vigencia (*Wesen*). En cuanto verbo, esenciar es lo mismo que perdurar (*währen*). Si atendemos al vigor de lo vigente, a lo que dura y permanece, luego percibimos que aquello que es, lo

es porque en él perdura propiamente lo que le fue concedido, lo que ha sido otorgado en y a partir de su origen. Esta vuelta metafísica, rebuscada y tan propia del pensamiento heideggeriano, dice, en pocas palabras, que la esencia como lo que dura es una concesión (*währen* y *gewähren*). Heidegger reconoce la dificultad del nuevo sentido sobre la esencia; puesto que la *Gestell* se impone como un peligro extremo, no parece muy adecuado pensar que en ella pueda haber una otorga o concesión que no sea del orden de lo peligroso, a menos que, como dice el poeta, en el peligro crezca lo que salva. Para ello es necesario percibir que también el provocar desafiador, la explotación y sollicitación de todo lo ente como disponibilidad, que pertenecen a la técnica moderna también conducen al humano a un des-ocultamiento. La *Gestell* como destino, piensa Heidegger, “hace entrar al humano en algo tal que éste, por sí mismo, no puede ni inventar ni hacer” (1994b: 33). Hace ver al humano que él toma parte en el des-ocultamiento, en el hacer salir lo oculto (en la verdad). “En tanto que necesitado (y usado) de este modo, el humano se encuentra apropiado al acaecimiento (*Ereignis*) de la verdad” (1994b: 34). Esto es lo salvador que crece junto al peligro, la descubierta de lo que es otorgado al humano. El peligro cobija lo que salva en la medida en que hace que el humano “mire e ingrese en la suprema dignidad de su esencia. Ella reside en esto: cobijar sobre esta tierra el estado de des-ocultamiento - y con él, antes que nada, el estado de ocultamiento – de toda esencia” (1994b: 34).

De todo lo dicho hasta aquí, es necesario admitir la ambigüedad de la esencia de la técnica: por un lado, la *Gestell* es el peligro extremo porque encierra y destina el humano a un modo de des-ocultamiento que pone en riesgo de su propia libertad. Pero, por otro lado, justamente al ver peligrar su propia esencia libre, viene a luz lo que salva, su pertenencia más íntima e indestructible a lo que le es otorgado como posibilidad de pensar. Todo ello remite, dice Heidegger, al misterio de todo des-ocultamiento, de toda verdad (1994b: 35).

Como corolario a la pregunta por la técnica, como una figura mnemónica de lo que hemos visto, podemos recordar una sentencia presente en uno de los Seminarios de Le Thor que explica la relación entre el peligro y la salvación. En los tiempos digitales que vivimos quizás no tenga el alcance que en su día tubo, allí se lee: “La *Gestell*, por así decirlo, es el negativo fotográfico del *Ereignis*” (1986: 366). Cuando revelada, la *Gestell* evidencia lo que se oculta como misterio, la relación de mutua pertenencia entre el ser y el pensar, el propio *Ereignis*, el acontecimiento-apropiador.

Si aceptamos como posible la evidencia de lo que salva junto al peligro, si con ello reluce lo que es otorgado y es propio del ser humano, entonces también parece posible que se encuentre una conducta que nos permita existir en el mundo de la técnica moderna,

pero al abrigo del mundo técnico. En un tiempo donde “lo que más merece pensarse es el hecho de que no pensamos” (2005: 17), esta conducta es la *Gelassenheit* (Serenidad), que da nombre a un breve volumen publicado por Heidegger en 1959. Contiene dos partes, un discurso pronunciado en Messkirch por ocasión del centésimo aniversario de su conterráneo y compositor Conrandin Kreutzer en 1955 y un diálogo compuesto entre 1944 y 1945, que en este volumen se intitula *De un diálogo sobre el pensamiento en un camino del campo*, que es extraído del trílogo *Aproximación; una conversación triádica en el camino del campo entre un investigador, un erudito y un profesor*.

Ya en los primeros párrafos Heidegger afirma que hoy en día el ser humano parece haber renunciado o al menos abandonado u olvidado a sí mismo, pues “huye del pensar”. Esta huida del pensar y de sí mismo, no es algo admitido por el humano y, mucho menos, algo que justifique ser investigado. Delante de una realidad controlada por el dominio técnico-científico resulta difícil, cuando no una temeridad, aceptar que el ser humano no piensa. Nunca en su jornada histórica el ser humano tuvo a su disposición tanta información o alcanzó resultados tan precisos con sus experimentos e investigaciones. ¿Cómo comprender que el humano huye del pensar? La respuesta para Heidegger es simple y no menos alarmante:

Hay dos tipos de pensar, cada uno de los cuales es, a su vez y a su manera, justificado y necesario: el pensar calculador y la reflexión meditativa. [...] Es a esta última que nos referimos cuando decimos que el ser humano huye del pensar (1994: 18-19).

Lo que es propio del pensar calculador se encuentra en toda parte, sea ahora en la universidad, sea en nuestras actividades más cotidianas. El pensar que calcula es aquél que planifica, controla, organiza, investiga, es un pensar volcado para determinadas circunstancias y con vistas a determinados resultados. Nunca, dice Heidegger, se puede esperar que éste pensar se detenga a meditar o que llegue a pensar en el “sentido que impera en todo lo que es”. En la visión del pensar que calcula, el pensamiento que medita se encuentra “suspense, por encima de la realidad. Pierde el suelo”, razón por la cual “no tiene utilidad para acometer los asuntos corrientes. No aporta beneficio a las realizaciones de orden práctico” (1994: 19).

Esta falta de interés por parte del pensar calculador en “meditar”, no atestigua contra su importancia o contra la necesidad de su existencia, tan sólo alerta para el hecho de que la posibilidad del pensar calculador no puede agotar lo que es propio del modo del ser humano. Cuidar de tener esto presente nos abre el horizonte necesario para comprender qué significa serenidad y cómo se relaciona con nuestro ser, con la esencia del pensamiento.

Ahora bien, ¿qué es este tiempo donde la meditación no tiene lugar y cómo se produce tal transformación? Como vimos, esta es la era de la técnica moderna y de la era atómica (entre otras denominaciones que Heidegger presenta por toda su obra: era de la imagen de mundo, tiempos de penuria, de la metafísica consumada, del nihilismo, de la información). Lo que caracteriza a la era atómica es, para Heidegger, menos la bomba en sí y el consiguiente dominio del conocimiento científico, sino una amenaza profundamente más peligrosa: el hombre se encuentra en

una posición totalmente nueva en el mundo y respecto al mundo. Ahora el mundo aparece como un objeto al que el pensamiento calculador dirige sus ataques y a los ya nada debe poder resistir (1994c: 22-23).

Sabemos que esta nueva posición en y para el mundo, aunque creada a lo largo de milenios de la tradición metafísica, adquiere sus contornos actuales con la modernidad europea y el surgimiento de una dicotomía del orden cognitivo, donde un sujeto se establece como referencia a un objeto, en este caso el propio mundo y, sobre todo, como sujeto de una voluntad con límites insospechados. El texto de Heidegger resulta muy actual y recuerda los resultados de dos reuniones celebradas en 1955 entre dieciocho científicos ganadores del Premio Nobel: “la ciencia, o sea, la ciencia natural moderna es un camino hacia una vida humana más feliz” y “se acerca la hora en que la vida estará en manos del químico, que podrá descomponer o construir, o bien modificar la sustancia vital a su arbitrio” (1994c: 22-24). Si pensamos en los avances de la ingeniería genética, en la constitución del genoma humano y la creación de transgénicos, las palabras de Heidegger suenan muy cercanas.

A estas afirmaciones tan familiares podríamos añadir también la interpretación que hace de la televisión o la radio o cualquier otro medio de comunicación. En *La Cosa*, Heidegger observa la “reducción” de las distancias en el tiempo y el espacio, como el avión que nos permite llegar a lugares antes muy remotos o cómo la información nos llega casi instantáneamente. Para Heidegger, la televisión sería la culminación de esta supresión de toda posibilidad de distancia y que pronto dominaría toda la estructura y las comunicaciones. Todo parece más cercano y más fácilmente conocido y reconocido. Sin embargo, Heidegger concluye: “Esta apresurada supresión de las distancias no trae ninguna cercanía, porque la cercanía no consiste en la pequeñez de la distancia” (1994c: 143). La supresión de las distancias es también la ausencia de proximidad y con ello el establecimiento definitivo de lo terrible, la imposición originada por la técnica moderna de la abstención de lo humano. Lo terrible es aquello que arranca todo de su esencia, es la “pérdida de arraigo” (*Bodenständigkeit*, 1994c: 21) en el ser más íntimo de lo humano, la falta de suelo de las obras humanas, el “no sentirse en casa”, (*Heimatlosigkeit*, 1994c:

142), tal es el tiempo en que vivimos. Por ello, dice en *Serenidad*, lo verdaderamente inquietante

no es que el mundo se tecnifique enteramente. Mucho más inquietante es que el ser humano no esté preparado para esta transformación universal; que aún no logremos enfrentar meditativamente lo que propiamente se avecina en esta época (1994:25).

Heidegger no pretende abdicar de la técnica ni condenarla. Dependemos de los objetos técnicos. Pero, como hemos visto, lo que pertenece esencialmente al modo de ser humano sigue en peligro y debe ser despertado. Por eso, la pregunta: “¿No podrán serle obsequiado al humano un nuevo suelo y fundamento a partir del cual su ser y todas sus obras puedan florecer de un nuevo modo, incluso dentro de la era atómica?” (1994a: 26). Lo que busca esta pregunta puede encontrarse muy cerca, tan cerca que lo más fácil es no fijarse en ella, porque para nosotros, los humanos, el camino hacia lo próximo es siempre el más remoto y por tanto el más arduo. Este es el camino del pensar que medita. En esta dirección viene el anuncio de la posibilidad de una relación “simple y apacible” con el mundo técnico, como expone Heidegger en *Serenidad*:

Podemos usar los objetos técnicos, servirnos de ellos de forma apropiada, pero manteniéndonos a la vez libres de ellos que en todo momento podamos desembarazarnos de ellos. Podemos usar los objetos tal como deben ser aceptados. Pero podemos al mismo tiempo dejar que estos objetos descansen en sí, como algo que en lo más íntimo y propio de nosotros mismo no nos concierne. Podemos decir ‘sí’ al inevitable uso de los objetos técnicos y podemos a la vez decirles ‘no’, en la medida en que rehusamos que nos requieran de modo tan exclusivo que dobleguen, confundan y, finalmente, devasten nuestra esencia [...] Dejamos entrar a los objetos técnicos en nuestro mundo cotidiano y, al mismo tiempo, los mantenemos fuera, o sea, los dejamos en sí mismos como cosas que no son algo absoluto, sino que dependen ellas mismas de algo superior (1994a: 27).

Esta conducta que dice simultáneamente sí y no al mundo técnico es la serenidad hacia las cosas (*die Gelassenheit zu den Dingen*). Desde esta conducta aparentemente simple, dejamos de ver las cosas únicamente desde una perspectiva técnica, comprendiendo que todos los procesos ya establecidos por la técnica tienen un significado que permanece oculto. Desde la serenidad hacia las cosas, al menos, nos damos cuenta de que ese mismo significado nos alcanza como “lo que se oculta”. A aquello que se muestra y al mismo tiempo se esconde, Heidegger llama de misterio. La conducta mediante la cual permanecemos abiertos al significado oculto del mundo técnico es la apertura al misterio (*die Offenheit für das Geheimnis*). La apertura y la serenidad andan juntas y abren otra posibilidad de habitar: la promesa de un nuevo suelo y fundamento sobre los que mantenernos y subsistir, un nuevo arraigo que nos permite pensar cómo podríamos estar en el mundo técnico, pero al abrigo de su amenaza (1994a: 28).

Si el pensamiento es lo que caracteriza la esencia humana, entonces sólo se puede discernir lo esencial de esta esencia apartando la mirada del pensamiento, investigando así, si es posible, la esencia del pensamiento. Como en la filosofía moderna el pensamiento siempre ha sido concebido como representación y como querer (pensar es querer y querer es pensar) y si la esencia del pensar es algo diferente del pensar, se sigue que la esencia del pensar es algo diferente del querer. Con un tono paradójico, el Profesor, responsable por la conducción del diálogo, dice: “sobre lo que realmente quiero en la meditación sobre el pensamiento, le contesté: ¡quiero no querer!” (1994c: 36).

No querer sigue significando un cierto querer, pero de manera que lo que prevalece en él es un no, que se dirige al querer mismo, abdicando de él. No querer es, por tanto, renunciar voluntariamente al querer, quedando absolutamente fuera de todo tipo de voluntad conocida. Este rechazo evidente en la expresión del no querer es el rechazo de lo que prevalece en y a través del pensamiento calculador. La expresión no se limita a la negación de lo actualmente vigente, sino que anticipa nuevos comportamientos e indica un alcance completamente desconocido e inusitado al que no se puede llegar acomodando lo ya conocido, como si de una reforma se tratara. Este nuevo ámbito, sin embargo, no es un lugar lejano o remoto al que podríamos llegar con medios y procedimientos conocidos. El nuevo ámbito exige un salto a ningún otro lugar que aquel en el que ya nos encontramos y estamos admitidos. Si parece remoto es porque permanece oculto, a pesar de ser el más cercano. Nada está más cerca del hombre que su esencia, pero la ausencia efectiva de esta esencia, su tendencia fundamental a mostrarse y ocultarse aún más rápidamente, lo convierte en algo remoto.

En el no querer propio de la serenidad nos comprometemos con la búsqueda del pensamiento que no es un querer. La serenidad se despierta, por tanto, cuando a nuestro ser se le concede la capacidad de comprometerse con aquello que no es un querer. En ella se esconde una acción más elevada que en todos los hechos del mundo y maquinaciones humanas. Una acción que no es ninguna actividad. Y, ciertamente, no es una actividad al mismo tiempo que no es tampoco pasividad. La Serenidad está más allá de la dicotomía actividad/pasividad porque se ubica fuera de la voluntad. Un estar afuera que no puede significar dejarse a la deriva o flotar en lo irreal o en la nulidad, ni la negación de las ganas de vivir, sino que indica el compromiso con algo que no es un querer y, por tanto, con un pensamiento libre de las representaciones usuales que la tradición metafísica nos ha impuesto. Tratase de un pensamiento meditativo a través del cual se entra en el no querer, donde se experimenta una voluntad despojada de todo anhelo de eficacia. La serenidad, por tanto, es un tipo de acción meditativa, la acción de un pensamiento impulsado por una voluntad superior que no es fruto de una voluntad humana, sino de la decisión que

nos sitúa en la escucha de lo esencial. Esta escucha es una espera, al tiempo que es un aprender a esperar y a habitar una región aún inexplorada, de modo que lo abierto permanece y se sostiene en él, dejando que todo se abra en su propio reposo. La espera es una espera serena y no la expectativa por resultados determinados. Para Heidegger, esta “espera está comprometida (einlassen) en lo abierto mismo... en la amplitud de lo lejano... en cuya proximidad encuentra la Morada en la que permanece” (1994c: 50).

La serenidad nos sitúa entre el sí y el no, donde permanecer en ese “entre” corresponde al ejercicio de la espera y un compromiso con el no querer. En consecuencia, como pensamiento que no representa, la acción meditativa debe poseer una especie de energía activa y de resolución que de ninguna manera proviene de una voluntad sino de la pertenencia a lo des-ocultado, en la medida que es utilizado en la esencia de la verdad.

En la serenidad se cultiva la perseverancia de permanecer en el origen de su propia esencia, confiado en su pertenencia a la apertura. A la perseverancia en permanecer en el origen de su esencia, Heidegger denomina de Instancia (Inständigkeit), en la que reside la nobleza de espíritu. De modo que viviendo en su origen, el humano percibiría lo propio de su ser, la esencia misma del pensamiento: la insistente Serenidad que revela la proximidad de lo remoto.

En una época donde predomina la exaltación de la voluntad puede resultar, cuanto menos, extraño que Heidegger nos señale la serenidad como una conducta apropiada. Esta extrañeza, sin embargo, a esta altura no es así tan extraña. Como aquí se indica, la Serenidad en cuanto una propuesta de conducta en nuestro mundo, nos llama al ejercicio incesante de apropiarnos de nuestra forma de ser en su carácter más originario. Quizás no haya llamado más desafiador y, al mismo tiempo, tan pocas veces experimentado.

De lo que hemos visto, podemos decir que la serenidad y el pensamiento en el mundo técnico se pertenecen. Sin el ejercicio de la serenidad, no hay pensamiento, es decir, sin la serenidad para con las cosas, tampoco se despierta la posibilidad de pensar. Si ahora nos enfrentamos a la situación que al comienzo indicábamos, es porque podemos pensar de otro modo y aventar como posible un otro mundo y otra forma de relacionarnos con la tierra. “Dejar la tierra ser tierra” es una consecuencia de tal posibilidad.

Consideraciones Finales

En las últimas décadas, el mundo ha experimentado pensamientos que divergen de la comprensión moderna del progreso. Llámese ecología, ambientalismo o ecosofía, este pensamiento aún incipiente emerge en medio de un mundo controlado por la

productividad y la codicia del capital. No se trata de intentar homologar las ideas presentes en tal pensamiento como efectos del pensamiento heideggeriano. Si bien es cierto que Heidegger establece una crítica al dominio de la tecnología como desafío y exploración de la tierra, crítica generalmente replicada por el movimiento ecologista, también podríamos avanzar con el pensamiento heideggeriano hasta nuestros días, a partir de los mismos supuestos ontológico-existenciales, que pondrían en dificultades a quienes defienden el establecimiento de un modelo energético considerado limpio y auto sostenible, como, por ejemplo, los generadores eólicos y fotovoltaicas. Bastaría una mirada al nordeste brasileño para experimentar las consecuencias devastadoras de estas modalidades de captación y generación de energía inseridas en un paisaje que pertenece a un país y a quienes lo habitan y no, como suele pasar, una propiedad disponible a los intereses de las grandes corporaciones que se refugian bajo el lema de la protección ambiental.

Si reconocemos la validez del pensamiento meditativo, del no actuar y del dejar ser, entonces el título de nuestra presentación conquista un lugar donde podemos establecer una nueva relación con la tierra, desde la serenidad del pensamiento. Que la tierra se convierta en materia del pensamiento, ya es un paso hacia el sentido de la tierra, porque a través del pensar, nos distanciamos de la voluntad desmedida de la explotación de la tierra. Se trata de dejar que la tierra sea tierra, antes de que sucumba al olvido en los campos de exploración donde queda oculta por los intereses económicos y por las banderas del progreso.

Habitar es propio del ser humano, pero habitar en su sentido más originario es pensar. Porque pensamos, habitamos, y luego construimos nuestro mundo sobre la tierra. Sólo en la medida en que podemos habitar poéticamente podemos habitar im-poéticamente. Sólo porque podemos pensar, también podemos dejar de pensar. “Dejar la tierra ser tierra” más que un título, es una consigna y una señal de la posibilidad que aún hoy se abre al humano. En ese sentido, según lo que hemos visto, salvar la técnica, echándole una mano, no es otra cosa que salvar la tierra, el humano y a todas las cosas que traemos a la existencia. Esto puede suceder siempre y cuando nos pongamos a pensar.

En *Conversación al atardecer entre un joven y uno mayor en un campo de prisioneros en Rusia*, Heidegger expone una visión del mundo contemporáneo, caracterizado por la emergencia planetaria de lo útil y por la desolación que impera: “el mundo, lo humano y la tierra se están transformando en desierto” (1995: 211). Aquí, la imagen del desierto, sin embargo, no indica la ausencia absoluta de posibilidades, sino algo aún más devastador, a saber, la presencia de una única posibilidad y no más: “la única ley de la desolación es la necesidad de tomarse lo más útil como lo único necesario” (1995: 236). Como contrapunto a ello, en el dominio de lo inútil, lo necesario es la libertad, el cuidar y el dejar ser libre:

“Es al dejar algo entregue a su propia esencia cuando somos verdaderamente libres. La libertad está en poder dejar y no en ordenar y controlar” (1995: 230). Este “dejar ser” algo en su propia esencia exige la insistencia en una espera que no ya no se orienta por resultados, “algo que sea palpable, que pudiera tener alguna utilidad para el progreso, para el aumento de las curvas de productividad” (1995: 234). “Dejar ser” es permanecer a la espera, es propiamente estar a la espera de lo Libre. Con ello en mente podemos hacernos una idea de lo que nos señala Heidegger cuando afirma que “la meditación es despertar el sentido para lo inútil” (1989: 6).

Referencias bibliográficas

- HEIDEGGER, M. (1986). “Seminar in Le-Thor”. *GA 15: Seminare*. Frankfurt am Main: Klostermann.
- HEIDEGGER, M. (1989). *Überlieferte Sprache und technische Sprache*. S. Gallen: Erker.
- HEIDEGGER, M. (1994a). *Serenidad*. Barcelona: Del Serbal.
- HEIDEGGER, M. (1994b). “La pregunta por la técnica”. *Conferencias y artículos*. Barcelona: Odós.
- HEIDEGGER, M. (1994c). “Construir, habitar, pensar”. *Conferencias y artículos*. Barcelona: Odós.
- HEIDEGGER, M. (1995). “Abendgespräch in einem Kriegsgefangenenlager in Russland zwischen einem Jüngerem und einem Älteren”. *GA 77: Feldweg-Sprüche 1944/1945*. Frankfurt am Main: Klostermann.
- HEIDEGGER, M. (2005). *¿Qué significa pensar?*. Buenos Aires: Trotta.
- HEIDEGGER, M. (2008). *Die Kehre*. Córdoba: Alción.